

El Dios que toca: cuerpos dignos, cuerpos amados

Diversidad sexo-afectiva y pastoral desde el tacto

Pbro. Hugo Alvarez

Hay gestos que rompen estructuras sin necesidad de palabras. En el Evangelio, Jesús toca a un leproso. No desde la distancia, no con precaución, sino con cercanía. En un contexto donde ese contacto estaba prohibido, ese gesto no solo sana: restituye dignidad.

El tacto es uno de los lenguajes más profundos del cuerpo. Un abrazo, una caricia, una mano tendida pueden comunicar aceptación, cuidado y pertenencia. Pero también, la ausencia de contacto o el rechazo físico pueden marcar profundamente.

Para muchas personas LGBTQ+, el cuerpo ha sido un territorio conflictivo. No solo por las propias búsquedas, sino por las miradas externas que lo juzgan, lo corrigen o lo evitan. En algunos contextos religiosos, el cuerpo diverso ha sido tratado como algo que debe ser controlado más que acogido.

Frente a esto, el modo de actuar de Jesús abre otra perspectiva. Él no teme el contacto. No evita los cuerpos considerados “impuros”. Su manera de tocar no invade ni domina: reconoce, sana, dignifica.

Esto plantea un desafío concreto para la pastoral. ¿Qué hacemos con nuestros gestos? ¿Cómo se expresa el cuidado en nuestras comunidades? ¿Qué tipo de cercanía ofrecemos?

No se trata solo de contacto físico, sino de todo lo que implica el vínculo: la proximidad, el respeto, el consentimiento, la forma en que nos acercamos a la historia del otro. Recuperar el tacto en clave evangélica es recuperar una manera de vincularse que no hiere ni excluye.

Una pastoral de la diversidad necesita reconstruir estos gestos. Crear espacios donde el cuerpo no sea motivo de sospecha, sino lugar de encuentro.

Donde las personas puedan habitar su corporalidad sin miedo, sabiendo que son dignas de cuidado y respeto.

Porque en el Evangelio, tocar no es un riesgo: es una forma de amar.

¿Qué cuerpos siguen siendo “intocables” en nuestras comunidades hoy?